

“Él es lo primero y principal”

El itinerario místico de Pedro Fabro

di ROSSANO ZAS FRIZ S.I.

Introducción

Pedro Fabro fue un hombre que alcanzó Amor y trató de comunicarlo a sus contemporáneos convencido que era el medio más eficaz, y las más de las veces también el más escondido, para realizar la finalidad de la existencia humana¹. Una finalidad que encuentra una realización única e irrepetible en cada persona, pero que lleva a todas al mismo puerto, a la felicidad del amor de Dios. Fabro no aspiró a otra cosa para sí mismo que alcanzar ese Amor, y por eso se empeñó con alma, corazón y vida a buscar y encontrar a Dios; y porque no quiso ofrecer otra cosa en su apostolado, dedicó todas sus fuerzas en colaborar con la gracia para que aquel Amor que él buscaba para sí pudiese abrirse camino también en sus prójimos para edificar en ese modo, y no en otro, la Iglesia de Cristo tan fuertemente probada en los 10 años de su apostolado, especialmente en Alemania, a la que dedicó lo mejor de sí.

Fabro tuvo un gran don de gentes, tuvo el carisma de la amistad. Pero para hacerse amigo de los hombres con el fin de ganarlos para Cristo, aprendió sobre todo a hacerse amigo de Dios, de María, de los ángeles, de los santos, de las almas del purgatorio, poniendo, lo mejor que pudo, “el amor más en las obras que en las palabras” (*Ejercicios Espirituales* 230). Las páginas de este artículo ponen en evidencia el proceso mediante el cual Fabro, buscando la amistad de los habitantes del Cielo, maduró su amistad con Dios, entendida como aquella “comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante” (*Ejercicios Espirituales* 231).

Esto presupuesto, y en los márgenes del presente trabajo, entendemos por mística la experiencia del amor divino que transforma la vida de quien responde a él. Por esta razón la relación de amistad se muestra especialmente propicia para expresar este comercio amoroso entre Dios y Fabro. Pero para acompañar el itinerario que recorre la amistad entre Dios y Fabro es necesario antes dar una breve clave de lectura como introducción metodológica, de modo que sea clara la perspectiva desde la cual se lee el

¹ Simón Rodríguez afirma: “(...) prescindiendo de otras muchísimas virtudes, tenía una suavidad y gracia especial, y sumamente agradable para tratar con la gente, como no he visto en ninguna otra persona. No sé cómo se las arreglaba para ganarse la amistad de aquellos con quienes trataba y arrastrarlos fuertemente, con la suavidad de su conversación, al amor de Dios” MHSI, Epist. Broëti, Jaji, Coduri, Rodericii, 453, citado en ANTONIO ALBURQUEQUE S.J., *En el corazón de la reforma. “Recuerdos espirituales” del Beato Pedro Fabro S.J.* Colección Manresa 21. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander s.f., 97.

Memorial, única fuente fabriana de esta presentación. A continuación se desarrollarán las tres grandes etapas en las que se distinguen el proceso mediante el cual Fabro ha madurado su vida mística.

1. Presupuesto

La relación entre dos personas se produce siempre como un fenómeno dialéctico en el cual la mutua presencia suscita mensajes que se intercambian objetivamente en un lenguaje común (verbal, gestual, corporal, etc.). Cuando se trata de una relación en la que una de las personas es Dios, surge el problema de la objetividad de su Presencia. En efecto, Dios no se hace presente normalmente del modo en que una persona humana se hace presente a la otra. Se deja percibir “objetivamente” a través de una mediación histórica como es la Iglesia, los sacramentos, la oración, la meditación, los pobres, etc.; y se hace sentir “subjétivamente” a través de unas mociones interiores al creyente, provocadas por las mediaciones objetivas (una excepción son las mociones inmediatas que no tienen causa precedente). En ambas situaciones (objetiva y subjetiva) la Presencia permanece ajena a la percepción sensible y sólo es posible “descifrarla” en la fe. Por esta razón se afirma que la presencia de Dios no es perceptible directamente a los sentidos exteriores, sino indirectamente a los “sentidos interiores”, y para aguzar éstos es necesario, presupuesto el don de la fe, la colaboración libre del creyente mediante la conversión y la ascesis continuas.

En otras palabras, fenomenológicamente la relación mutua de amistad entre un creyente y Dios se realiza como la síntesis de la interacción entre una acción misteriosa exterior y objetiva de la gracia que se revela y actúa desde y en la historia personal y social del creyente (circunstancias ambientales, educación humana y cristiana recibida, experiencias realizadas, etc.); y una acción misteriosa interior y subjetiva de la misma gracia, en la que el creyente ejerce su personal libertad de elección mediante el discernimiento de sus deseos, de sus mociones de consolación y desolación, de sus aspiraciones, de las luces e inteligencias interiores recibidas, etc. provocadas desde la objetividad de su historia personal, de sus pensamientos, del buen o mal espíritu o directamente de Dios.

Con este horizonte de fondo, la presentación de la fenomenología del trato de Dios con Fabro sigue una progresión espacio-temporal a través de la cual se evidencia la Presencia “objetiva” de la gracia según es reportada en el *Memorial*², acompañada de la

² El *Memorial* ofrece la vida del Beato Fabro en dos partes principales. La primera es propiamente un memorial, en el sentido que en el primer día del diario (15 de junio de 1542) Fabro recuerda, hace memoria, de su vida hasta ese momento. A partir de la segunda entrada, del 15 de Agosto, inicia la segunda parte, que es propiamente un diario en el sentido actual del término y abarca tres años y siete meses (del 15/8/1542 al 20/1/1546). El manuscrito original no se ha conservado, pero sí 16 copias. Las citas y la numeración de los párrafos del *Memorial* se toman de la edición preparada por Antonio Alburquerque citado en la nota anterior, que sigue fundamentalmente el texto latino del manuscrito “R” de la *Fabri Monumenta. Beati Petri Fabri primi sacerdotis e Societatis Jesu. Epistolae, Memoriale et Processus*. Matriti, Typis Gabrielis López de Horno, 1914.

respectiva reacción “subjetiva” que ella suscita en el mismo Fabro. Es importante recordar que el *Memorial* no es un escrito pensado en ser publicado, sino que se trata de un “diario íntimo” escrito, como lo testimonia el mismo Fabro, para “anotar, para recordarlos siempre, los dones espirituales que me ha concedido el Señor, bien se trate de gracias para orar o contemplar mejor, o para entender y para obrar, o de cualquier otro beneficio espiritual” [15/6/1542]. Por esta razón el texto en cuestión es una fuente testimonial directa de la relación que Fabro tenía y alimentaba con Dios, y en este sentido, en cuanto experiencia del misterio de Dios, es sin duda el “lugar teológico” de la experiencia mística de Fabro.

En atención a este enfoque “místico” se pueden distinguir tres períodos principales en la vida de Fabro: el primero, desde su nacimiento hasta su ida a París; el segundo, su estadía en París; y el tercero y último, su apostolado europeo.

2. Desde Saboya a París

Fabro inicia su diario haciendo memoria: “Pero antes de hablar del futuro, quiero dejar constancia aquí de algunos acontecimientos de mi vida anterior, hasta el momento presente. Porque ahora recuerdo que tuve, en tiempos pasados, momentos de especial acción de gracias, o de compasión u otros sentimientos del Espíritu Santo, o avisos de mi ángel bueno” [15/6/1542].

Pedro nace en una familia de pastores (en 1506) y desde niño tiene el don de la consciencia de sí mismo: “desde muy niño, comencé a ser consciente de mis acciones, lo que considero una gracia especial” [2]. A los siete años siente una gran inclinación hacia afectos de devoción “como si desde entonces el mismo Señor y esposo de mi alma quisiera adueñarse de ella. Ojalá hubiera sabido yo acogerlo y seguirlo y que nunca me hubiera separado de Él” [2].

Deseoso de estudiar, a los diez años deja el pastoreo de ovejas y frecuenta la cercana escuela de Thône. Dos años más tarde, gracias a la intercesión de su tío cartujo Dom Mamert Fabro, consigue el permiso y el apoyo de sus padres para estudiar en La Roche, un poco más distante de casa, bajo la tutela del sacerdote Pierre Veillard. “El Señor quiso que para nada fuese yo más inútil, ni a nada más opuesto, que para dedicarme a los negocios del mundo” [3]. Estudia con Velliard que lo edifica con su ejemplo y al cual recordará durante toda su vida (cfr. [3-5]). A instancias de otro pariente cartujo, su primo Claudio Perissin, prosigue Fabro su educación intelectual en París.

Paralelamente a sus deseos de estudiar el Señor le infunde durante este tiempo deseos de consagrar su vida, cosa que hace en privado ofreciéndose al Señor mediante un voto de castidad:

“Así, hacia mis 12 años, tuve ciertos impulsos del espíritu para ofrecerme al servicio de Dios. Un día me fui muy contento al campo. Estaba yo entonces en casa pasando las vacaciones, y echaba una mano a mi padre en el pastoreo de las ovejas. Tuve unos grandes deseos de ser puro y prometí a Dios castidad para siempre. Oh! Dios misericordioso que

caminabas siempre conmigo y desde entonces querías agarrarme. ¿Por qué no te conocí bien, oh! Espíritu Santo? ¿Por qué no supe apartarme desde entonces, de todas las cosas, para buscarte y entrar en tu escuela? A veces me invitabas y te adelantabas con tales bendiciones. Sin embargo sí me agarraste y me sellaste con el sello indeleble de tu temor. Si tú hubieras permitido que se hubiera borrado, como el recuerdo de otras gracias, ¿no me hubiera sucedido a mí como a Sodoma y Gomorra?” [4].

En conclusión, durante este período Fabro pasa de ser el niño que deseaba estudiar al joven que va a la universidad de París. Hay un predominio de la subjetividad, del impulso interior que no tiene una dirección por donde encausarse desde el interior, careciendo por ello de un proyecto de vida claro. No hay todavía una práctica del discernimiento de las mociones. Sin embargo, mediante sus deseos “subjetivos” de estudiar y de consagrarse a Dios y mediante la buena disposición de su familia que finalmente cede a sus deseos y le ayuda junto con sus parientes cartujos, la “objetividad” de la Providencia lo va llevando a París. Dios guía a Fabro, lo va atrayendo a sí, mistagogía del misterio, sin que él lo sepa. Pero cuando escribe sus memorias (24 años después) es consciente de su historia, y por ello agradece: “De este deseo de saber se valió el Señor para sacarme de mi patria donde ya no podía servirle íntegramente y como es debido. Bendito seas, Señor, por siempre, por todos los beneficios que me concediste tan a tiempo, cuando me quisiste sacar de mi propia carne y de mi corrompida naturaleza, tan contraria al espíritu y tan baja, para subir al conocimiento y sentimiento de tu Majestad y de mis innumerables pecados” [5].

3. Fabro en París

En París Fabro trascurre once años en los cuales se transforma completamente (1525-1536). De ser un estudiante provinciano interiormente complicado que llega a la Universidad de la capital del reino, pasa a ser el hombre de confianza de Ignacio. Para Pedro París no ha sido sólo un tiempo de estudios, sino también de fecundos encuentros: primero con Javier y luego con Ignacio, quien conseguirá unir y acordar un grupo de jóvenes decididos a seguirlo en su proyecto de ayudar las “almas” en Tierra Santa. Fabro podrá ejercitarse cotidianamente en su trato personal con el Misterio de Dios bajo la mirada cordial de Ignacio, que le ayudará a ejercitarse en la libertad interior para adquirir así autonomía para el servicio divino.

En efecto, en aquel entonces Pedro sufre de escrúpulos: “Recuerda alma mía los escrúpulos con los que ya entonces el Señor infundía en tu conciencia su temor, escrúpulos y remordimientos de conciencia con que el demonio comenzaba ya a angustiarte para que buscases a tu Creador si supieses buscarlo; sin ellos, quizás, ni el mismo Ignacio hubiera podido conocerte bien, ni tú hubieras solicitado su ayuda, como sucedió después” [6]. Ignacio lo ayuda a entender su conciencia, sus tentaciones (imaginaciones carnales sugeridas por el espíritu de fornicación conocidas por lecturas) y escrúpulos (especialmente el miedo a no confesar bien sus pecados) que lo habían aquejado por mucho tiempo “sin entender nada ni encontrar el camino de la paz” [9]. Ignacio le aconseja que haga una

confesión general con el Doctor Castro y que después se confiese y comulge cada semana; que haga cada día el examen de conciencia. Afirma Fabro que “no quiso [Ignacio] darme por entonces otros ejercicios, aunque el Señor me daba grandes deseos de ellos. Así se pasaron unos cuatro años [1529-1533] en mutua conversación” [10].

Durante este tiempo Pedro recuerda que “aprovechaba en espíritu cada día, conmigo mismo y con relación a los demás” [*Ibidem*], aunque no dejó de ser probado “por muchos fuegos de tentaciones durante varios años, hasta que salimos de París” [*Ibidem*]³. Sin embargo, reconoce la acción divina: “Dios me fue dando un gran conocimiento de mí mismo y de mis defectos; mucho profundicé en ellos y me angustié buscando remedio contra la vanagloria. Solamente su gracia me dio muchísima paz en esta materia” [*Ibidem*]. Fabro mismo da testimonio de la mistagogía que Dios tenía con él:

“De muchas maneras me enseñó el Señor a poner remedio contra la tristeza que de todo esto me venía. No podré acordarme nunca bastante. Lo que sí puedo decir es que nunca me encontré en angustia, ansiedad, escrúpulo, duda, temor u otro mal espíritu que experimentase fuertemente, sin que, al mismo tiempo, o pocos días después, encontrase el verdadero remedio en nuestro Señor, concediéndome la gracia de pedir, buscar y llamar a la puerta. Se incluyen aquí abundantes gracias para sentir y conocer los diversos espíritus. De día en día llegaba a distinguirlos mejor. Me dejaba el Señor algunos agujones para no caer en tibieza. Sobre el juicio y discreción de los malos espíritus o sentimientos sobre mis cosas, las de Dios o del prójimo, nunca permitió el Señor que cayera en engaños, como ya dije, y en cuanto yo puedo juzgar, sino que en todas las ocasiones me libró con las luces del Espíritu Santo y de los santos ángeles” [12].

Pasados los cuatro años (de setiembre de 1529, fecha del ingreso de Ignacio al colegio de Santa Bárbara al otoño de 1533) Fabro se encuentra ya, según sus palabras, “firmemente apoyado en Dios para cumplir mis propósitos, en los que perseveraba desde hacía dos años, de seguir la vida de pobreza de Ignacio” [13]. Va a visitar su familia en el otoño de 1533 y cuando regresa Ignacio le da el mes de Ejercicios (enero-febrero de 1534). Es ordenado presbítero el 30 de mayo del mismo año y celebra su primera misa el día de santa María Magdalena. “Aquí tengo que incluir los innumerables beneficios que me concedió el Señor al llamarme a tan alto grado. Y darle gracias porque en todo le busqué a Él solo, sin ninguna intención mundana de conseguir honores o bienes temporales” [14]. Gracias a esta rectitud de intención, de buscar sólo a Dios y a la ayuda de Ignacio, Fabro finalmente ha encontrado su vocación y un proyecto de vida⁴.

³ “Padecí otras muchas turbaciones y tentaciones de fijarme en los defectos ajenos, de sospechas y juicios. Tampoco me faltó en esta la gracia del Consolador y Doctor que me ponía en los primeros escalones del amor al prójimo. Por aquel tiempo tuve escrúpulos de casi todo, de las innumerables imperfecciones que yo no conocía entonces y que me duraron hasta la salida de París” [11].

⁴ “Sin embargo tiempo atrás, antes de afirmarme en el modo de vida, que por medio de Ignacio me concedió el Señor, anduve siempre confuso y agitado de muchos vientos; unas veces me sentía inclinado al matrimonio; otras quería ser médico o abogado, o regente o doctor en Teología. A veces quería también ser clérigo sin grado, o monje. En estos bandazos me movía yo, según fuera el factor predominante, es decir, según me guiase una u otra afección. De estos afectos, como ya dije antes, me libró el Señor y me

El 15 de agosto del mismo año Fabro, con los otros compañeros, hacen “voto de ir, a su debido tiempo, a Jerusalén, y a la vuelta, de someternos a la obediencia del Romano Pontífice y comenzar el día señalado a dejar padres, redes, excepto alguna ayuda para el camino” [15]. En agosto del año siguiente se habían asimilado ya al grupo inicial Claudio Jayo (compañero de Fabro en La Roche), Juan Coduri y Pascasio Broet, después que Fabro les ha dado los Ejercicios. Por aquel entonces Pedro hace de “hermano mayor” del grupo en París, por encargo de Ignacio, dado que éste había partido hacia Venecia en abril de 1535, con la intención de esperar allí a los compañeros para navegar hacia Tierra Santa.

Se puede concluir que durante estos años hay un predominio de la “objetividad” del Misterio en los encuentros de Fabro (nuevos compañeros, práctica renovada de los sacramentos y de la oración, *Ejercicios Espirituales*, exámenes de conciencia, etc.), con los cuales necesariamente tiene que contrastarse desde su “subjetividad” todavía no madura espiritualmente (escrúpulos, tristezas, turbaciones) y que encuentra poco a poco un proyecto por donde objetivizarse apostólicamente gracias a Ignacio. Dios guía y educa a Fabro por medio de Ignacio y de la realidad circundante, buscando la colaboración activa de Fabro mediante los ejercicios interiores. Mistagogía de la libertad y del discernimiento:

“Bendita sea por siempre la Providencia divina que todo lo ordenó para mi bien y salvación. Él quiso que yo enseñase a este santo hombre [Ignacio], y que mantuviese conversación con él sobre cosas exteriores, y, más tarde sobre las interiores; al vivir en la misma habitación compartíamos la misma mesa y la misma bolsa. Me orientó en las cosas espirituales, mostrándome la manera de crecer en el conocimiento de la voluntad divina y de mi propia voluntad. Por fin llegamos a tener los mismos deseos, el mismo querer y el mismo propósito de elegir esta vida que ahora tenemos los que pertenecemos, o pertenezcan en el futuro, a esta Compañía de la que no soy digno” [8].

4. Fabro, apóstol europeo

Los nueve compañeros (Francisco Javier, Bobadilla, Laínez, Salmeron, Rodríguez, Coduri, Broet, Jayo y Fabro) dejan París el 15 de noviembre de 1536 para encontrarse con Ignacio en Venecia. Es un viaje lleno de peligros, por el frío del invierno y la guerra entre Francia y España, pero de todos ellos, afirma Fabro, “nos libró amorosamente el Señor. Llegamos a Venecia sanos y salvos y alegres en el espíritu” [16]. Comienzan así las peripecias apostólicas de Fabro que lo llevarán por toda Europa occidental. El joven sacerdote se transforma en esos 10 años de actividad en un apóstol maduro gracias a la mistagogía con la cual van sincronizando voluntades el Espíritu que lo guía y él que se deja guiar. Las líneas maestras de tal transformación se consolidan sobre todo durante su segunda permanencia en Alemania, según consta en su *Memorial* (cfr. [34-368]). De

confirmó de tal manera con la consolación de su espíritu, que me decidí a ser sacerdote y dedicarme a su servicio en tan alta y perfecta vocación. Nunca mereceré servirle en ella, ni permanecer en tal elección que deberé reconocer como muy digna de entregarme a ella, con todas las fuerzas de mi alma y cuerpo” [14].

este modo la relación de amistad de Fabro con Dios, que había comenzado ya en la infancia cuando pastoreaba en las montañas de su Saboya natal y que fue definitivamente orientada por Ignacio en París, llega, en medio del ajetreo apostólico alemán, a una intimidad unitiva que es preanuncio de la vida eterna.

4.1. Italia (de enero de 1537 a septiembre de 1540)

Ignacio recibe en Venecia a los compañeros junto con el bachiller Hoces, a quien había dado los *Ejercicios* y había decidido incorporarse al grupo. Se hospedan y trabajan en los hospitales mientras esperan hacerse a la mar, hacia Jaifa. El grupo, sin Ignacio, va a Roma (marzo-abril) con el fin de obtener la autorización papal para la peregrinación. De regreso esperan el mes de junio para embarcarse, pero como ha estallado la guerra entre Venecia y el Turco, deciden repartirse por el Veneto en atención al año de espera estipulado en el voto de Montmartre. Ignacio, Fabro y Laínez van a Vicenza (cfr. [17]), de donde salen en octubre para dirigirse a Roma, a donde llegan en noviembre de 1537. Fabro da clases de Escritura en la Universidad de *La Sapienza*⁵. No siendo posible la travesía hacia Palestina, se congregan en Roma durante la primavera de 1538. Desde mediados de marzo a fines de junio deliberan si deberán mantener un lazo de unión entre ellos mediante la obediencia a uno del grupo. Determinan que así lo desean y quieren. Pero Fabro partirá antes de que se concluyan las deliberaciones, pues el Papa lo envía, junto con Laínez, a Parma⁶.

En Parma permanece un año y cuatro meses (desde mayo de 1539 a septiembre de 1540, cfr. [19]) produciendo mucho fruto espiritual, a pesar de las fiebres tercianas que lo aquejan por tres meses⁷. Parte hacia Alemania en septiembre acompañando al Doctor Ortiz. En ese mismo mes el Papa Pablo III aprueba la Compañía.

4.2. Alemania (de octubre de 1540 a julio de 1541)

Vive en tres ciudades alemanas: Worms (octubre 1540-enero 1541), Espira (enero-febrero 1541) y Ratisbona (febrero-julio 1541). Según reporta en el *Memorial* durante

⁵ Como toda novedad eclesial, el grupo sufre porque “muchas oposiciones hicieron, durante todo este año, contra nuestros buenos propósitos”. Son investigados y absueltos [18].

⁶ Se habían presentado “como holocausto al Sumo Pontífice Pablo III, para que determinase en qué podíamos servir a Dios, para la edificación de todos los que están bajo la potestad de la Sede Apostólica, en perpetua pobreza y dispuestos por obediencia a ir a las Indias lejanas”. Para Fabro es un don “para no olvidar, y como el fundamento de toda la Compañía”. En efecto, el Papa acepta gozosamente al grupo y Fabro lo agradece: “Por lo que siempre me siento obligado y cada uno de nosotros, a dar gracias al Señor de la mies y de la Iglesia Católica universal, Cristo nuestro Señor, que tuvo a bien declarar, por la palabra de su Vicario en la tierra, lo que es una vocación manifiesta, que le agradaba que le sirviéramos y que quería siempre echar mano de nosotros” [18].

⁷ Fabro da Ejercicios, funda la *Congregación del Nombre de Jesús*.

este tiempo aparecen algunas características de su vida interior que lo acompañarán siempre y que él resume muy bien de la siguiente manera:

“El Espíritu Santo me concedió otras gracias importantes para mi crecimiento espiritual: nuevos modos de orar y contemplar para adelante; también me confirmó, con mayor conocimiento y sentimiento, en los modos que me eran ya habituales: letanías, misterios de Cristo, y doctrina cristiana; pidiendo diversas gracias en cada uno de estos modos, o implorando perdón o dando gracias al Señor en aquellas tres maneras. Lo mismo hacía discurriendo por las tres potencias, los cinco sentidos, y por las partes principales del cuerpo, por los bienes temporales recibidos. Y todo esto puedo hacerlo pidiendo para mí, o pidiendo para cualquiera otra persona viva o difunta. Aplicaba después la misa para que en todo lo dicho se obtuviera mayor fruto” [22].

Recibe inspiración del Espíritu Santo sobre el modo en que debía orar por el pueblo alemán y la situación de la Iglesia⁸. Así, por ejemplo, durante su viaje de Worms a Espira:

“En el camino tuviste [alma mía] grandes consolaciones en la oración y contemplación, y se te ofrecieron muchos y nuevos modos y materia de orar durante el camino. Así, al acercarme a un lugar, al verlo y oír hablar de él, se te concedía el modo de orar y de pedir a Dios la gracia de que el Arcángel de la región nos fuese propicio, juntamente con todos los ángeles custodios de los habitante de aquel lugar; y que el verdadero Custodio y Pastor Jesucristo, que estaba presente en la iglesia de aquel lugar nos ayudase y proveyese a todas las necesidades de las personas del lugar: de los pecadores que pronto iban a morir, de las almas de los difuntos, de los desconsolados y de los atribulados de cualquier otra manera. Al cruzar los montes, campos o viñedos, se me ocurrían distintos modos de orar por la multiplicación de los bienes de la tierra y sustituir en la acción de gracias a sus dueños, o pedir perdón para ellos, que no saben reconocer en su espíritu aquellos bienes ni a quien se los concede. Invocaba también a los santos a cuyo cuidado habían sido confiados aquellos lugares, para que hicieran lo que no saben hacer sus habitantes: pedir perdón, sustituirlos en la acción de gracias y perir para ellos lo que necesitan” [21].

El día 9 de octubre de 1540 hace su profesión solemne como jesuita⁹. En el verano del año siguiente parte hacia España, en un viaje de tres meses y a pie, no sin aventuras: es encarcelado por siete días junto al Doctor Ortíz y su séquito. Fabro examina su inte-

⁸ “El Señor me concedió en este viaje muchos sentimientos de amor hacia los herejes y hacia todo el mundo. Ya antes había recibido un don especial de devoción que espero me dure hasta la muerte, con fe, esperanza y amor. Consistió en desear siempre el bien para estas siete ciudades: Wittemberg en Sajonia; la capital de Sarmacia, cuyo nombre no recuerdo en este momento; Ginebra en Saboya; Constantinopla en Grecia; Antioquía, también en Grecia; Jerusalén; Alejandría en África. Me propuse recordarlas siempre, con la esperanza de que yo o alguno de la Compañía de Jesucristo, pudiéramos celebrar un día la misa en estas mismas ciudades” [33]. Pide por la ciudad de Espira, cfr. [138].

⁹ “Envié la fórmula a Maestro Ignacio que había sido elegido Prepósito General. Esta profesión, la hice, como digo, en Ratisbona, en el altar mayor de la iglesia de nuestra Señora, llamada la Capilla vieja. Tuve gran consolación espiritual y gran fortaleza de espíritu en la renuncia de los bienes a los que ya había renunciado, en el adiós a los placeres de la carne abandonados ya anteriormente, y en humildad para negar totalmente mi propia voluntad en todas las cosas. Se me concedió, como digo, una fuerza nueva, con conocimientos y sentimientos de buena voluntad” [23].

rior en esta situación y refiere: “Así pude ver que el buen corazón que nos concedió el Señor para amar a todo el mundo, no quedó cautivo, ni apagado ni desviado de estos hombres [los carceleros]. Tuve, sin embargo, tentaciones de desconfianza y de temor de que no íbamos a ser puestos en libertad tan pronto, ni sin grandes gastos del doctor. Pero, al mismo tiempo, recibí una contraria y saludable consolación en la firme esperanza de todo lo que sucedió en nuestra liberación” [24].

4.3. Viaje y estadía en España (de julio de 1541 a marzo de 1542) y regreso a Alemania (abril 1542)

Aparecen dos características de la vida interior de Fabro en esta etapa y que son recurrentes en el *Memorial*. La primera es su amor a la pobreza y su preocupación por vivirla en modo efectivo: “Ese mismo día [19/11/1541] prometí a Cristo e hice voto de no recibir jamás cosa alguna por las confesiones, misas o predicaciones, ni de vivir de rentas, aunque se me ofrecieran de manera que no pudiera oponerme con buena conciencia. Y me he de acordar de este voto como de un don especial de Cristo nuestro Señor, que, de esta manera, me ayuda a guardar mejor el voto de pobreza” [26]¹⁰. La segunda característica responde a su determinación de ser casto en medio de sus combates interiores que lo acompañan a menudo en este campo, sobre todo debido a lo que el llama el espíritu de fornicación¹¹. Así el 21/11/1541: “El día de la Presentación, con la ayuda del Espíritu de toda santidad y perfecta castidad, y para guardar mejor el voto de castidad, me concedió el Señor un sentimiento de especial acatamiento a aquella purísima Niña, nuestra Señora. Como testimonio de esta reverencia y recuerdo me propuse tener cuidado de nunca juntar mi rostro a ningún niño o niña, aun con la mejor intención. Cuánto más he de tener esto en cuenta con personas mayores” [27]. “No olvides,

¹⁰ El 29/9/1542 escribe: “Pero comprendí que me bastaría servir, alabar y glorificar a Cristo al pensar el modo con que Él estaba en el mundo, a saber, contentándose con poco y dejando aquí a sus vicarios; de manera que quien los escucha, escucha a Él; dejando también entre nosotros a los pobres de quienes dijo: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” [117]. El 21/17/1543 siente un gran deseo “de no tener nada de que poder echar mano. Y así rogué, desde lo más hondo de mi corazón a Cristo, a quien tenía delante de mis ojos en el altar, que, si es su voluntad y beneplácito, no se pase año, mientras yo viva, sin verme privado, yo y los otros, al menos una vez, de las cosas necesarias para la vida. Y si esta gracia que yo tengo en mucho, no me viniera de parte de las mismas cosas, que se me dé a conocer si es que le agrada a Dios que yo haga voto, en cuanto de mí dependa, de privarme, una vez al año, de las cosas necesarias, para poder ejercitar la pobreza verdadera y actual” [233]. “Porque, en cuanto a mí, ya hace tiempo que el Señor me dio a sentir su voluntad de mendigar por mí mismo de puerta en puerta, lo necesario para comer, en cualquier parte del mundo donde me encontrase” [234].

¹¹ “Por eso el Espíritu Santo te inspiraba [alma mía] que pidieses a la divina y pura bondad que habitase en tu cuerpo como en su templo y también en tu espíritu. Y que los ángeles pudieran encontrar morada en los espíritus de tu cuerpo, expulsando a los enemigos. [...] Mucha ayuda encontré en mi ángel custodio, del que fui siempre especialmente devoto. Le pedía que me defendiese del mal espíritu, sobre todo del espíritu de fornicación” [35].

alma mía, de cuántas y cuán graves turbaciones de espíritu te libró el Señor, y las angustias y tentaciones que tuviste que resistir por tus defectos y agitaciones del espíritu de fornicación, y por tu falta de empeño en conseguir fruto” [30].¹²

Fabro se encuentra de regreso en Espira en abril por mandato del Papa, acompañado de Juan de Aragón y de Álvaro Alfonso, los dos capellanes de las infantas María y Juana. A partir del 16 de junio (1542) Pedro da cuenta cotidiana de lo que va pasando por su corazón en lo que hoy se puede considerar un diario íntimo. Hasta este momento el *Memorial* en realidad no ha sido sino una anamnesis de los dones divinos que Fabro ha recibido.

4.4. Alemania (de abril 1542 a julio 1544, con una estadía en Lovaina de octubre 1543 a enero 1544)

Este es el período de la vida de Fabro en el cual su vida mística alcanza madurez. Las coordenadas en las cuales su amistad con Dios progresa pueden describirse en torno a la oración, la abnegación, la relación entre oración y buenas obras (acción y contemplación), la relación con los intercesores y el progreso interior mediante la práctica del discernimiento espiritual y el ejercicio de la obediencia.

4.4.1. Oración

Pedro lleva adelante una intensa vida de oración, que no caracteriza sólo este período sino toda su vida. En algunas ocasiones se levanta durante la noche para rezar [147.151.159]. Como se ha visto ya, busca constantemente nuevos modos de orar: “descubre” así un nuevo procedimiento para obtener del Señor la gracia de ser amigo de todos¹³. Obtiene nuevas luces para rezar el oficio divino¹⁴. Para adquirir una devoción sólida pone cuidado en no limitar el espíritu de oración a sólo el tiempo explícito que se

¹² El 3/11/1542 pedirá ser revestido “de la túnica de la pureza, inocencia, castidad y limpieza contra todos los ardores inmundicias y de vida ligera; y del vestido del amor a Dios y al prójimo contra el frío de todos los males que de fuera nos amenazan a causa de la malicia humana y otros contratiempos” [168].

¹³ “Primero acudir insistentemente a su Padre del Cielo; segundo, a su Madre y Señora, la Madre de Dios; tercero a su maestro y pedagogo el ángel custodio; cuarto a los santos y santas que le tienen particular afecto espiritual como hermanos y hermanas. Me parecía ésta, buena manera de ganarme la amistad de cualquiera. Y después rezaba, a la dicha primera Persona, el Padre nuestro; a la segunda, el Ave María; a la tercera, *Deus qui miro ordine angelorum*; a la cuarta, *Omnes sancti tui quaesumus, Domine*. Se me ocurría también que era muy necesario, para ganar la benevolencia de cualquiera, que, además de lo que se pudiera hacer por él, sería bueno tener devoción a sus santos ángeles custodios que pueden prepararnos las personas de distintas maneras y oponerse a las tentaciones violentas de los enemigos” [34; cfr. 29.79].

¹⁴ “Ví también lo conveniente que es, en el rezo del oficio pensar que, por una parte, estás en la presencia de Dios y de su buen ángel que toma nota y sopesa con exactitud tu aprovechamiento y tu trabajo; y por otra, estás también en presencia del enemigo o mal espíritu que lleva cuenta de las faltas que cometes, para poder acusarte algún día” [181; cfr. 82.87].

le dedica y en ordenar la intención cuando la hace¹⁵. Son frecuentes en él las lágrimas¹⁶. Procura tener una actitud confiada hacia el futuro: ““No os preocupéis del día de mañana”, lo que puede también aplicarse, en cuanto sea posible, a los deseos y preocupaciones espirituales” [38]. Desea ser humilde a ejemplo de María (cfr. [39]), pide a Dios que sea su Padre y que él sea su hijo, quiere ser discípulo del Espíritu Santo (cfr. [40]). Cuando algunas veces sigue un esquema trinitario, se dirige primero al Padre, luego al Hijo, finalmente al Espíritu Santo¹⁷.

Su oración es frecuentemente como una petición sentida a Dios por las diversas necesidades de los vivos: por sus parientes [123]; por la peregrinación de Juan de Aragón y su feliz retorno es una fiesta para él, por lo cual agradece a Dios no menos sentidamente [47.49.73]. Pide por las personas de las ciudades o poblados que atraviesa [33.437], por los propietarios de la capilla privada donde reza [78], por los ministros que le han administrado los sacramentos [190]. Pide por turcos, judíos, herejes, paganos [151]; por los grandes responsables de la política de entonces: “El día de santa Isabel, reina de Hungría, tuve gran devoción al recordar a ocho personas con el deseo de tenerlas siempre en la memoria para orar por ellas sin fijarme en sus defectos. Estas eran: el Sumo Pontífice [Pablo III], el Emperador [Carlos V], el Rey de Francia [Francisco I], el rey de Inglaterra [Enrique VIII], Lutero, el Turco [Soliman II], Bucer y Felipe Melanchton. Y es que tuve la corazonada de que tales personas eran mal juzgadas por muchos, de donde nacía en mí una cierta y santa compasión que procedía del buen espíritu” [25]¹⁸.

Tiene presente a los vivos, pero no menos intensamente a los fieles difuntos¹⁹, especialmente las almas del purgatorio²⁰. Así, por ejemplo:

“Me venía a la mente con santo afecto de gran fe, algunas buenas consideraciones y deseaba más que nunca se orase junto a las sepulturas de los fieles católicos difuntos, aun dando por cierto que sus almas estuvieran ya en el cielo. Sentía cómo a Dios le gustaba que se orase por la resurrección de tales cuerpos. Más tarde, al ver una sepultura, pensé en la suma sabiduría

¹⁵ “Quienes no desean orar sino en el tiempo destinado a la oración, no podrán, si no es por milagro, tener una devoción bien fundamentada. Por eso es necesario tener un tiempo señalado para la oración y recordarlo con frecuencia. Con deseo, perseverancia y temor de no decaer. [...] Porque muchos se quejan de que no tienen devoción en la oración, pero se quejan no por amor a la oración, es decir, por amor a Dios y a los santos y a las palabras de la misma oración, sino por miedo a los pensamientos distractivos o a los deseos de cosas temporales, aunque sean necesarias, o de cosas malas o vanas, o que, aun siendo buenas, no son oportunas en aquel momento” [37; cfr. 61, con dos elocuentes ejemplos al respecto; 126].

¹⁶ Derrama lágrimas de devoción [93.122.147.164.196.340.407], lamenta la ausencia de ellas [101], le brotan al considerar su condición [294] y cuando es movido por la compasión [401].

¹⁷ Cfr. [41-45.103.113.183.317].

¹⁸ Reza también especialmente por el Rey de Francia y por su reino cfr.[102].

¹⁹ El 2 de noviembre de 1542, “día de las ánimas”: “...tuve gran devoción, desde el principio hasta el fin [de la misa] como nunca la había sentido anteriormente en el día de difuntos, y todo era por una gran moción de compasión por los muertos, con gran abundancia de lágrimas. Pensaba en mis padres y parientes, y en mis hermanos que han muerto en la Compañía” [164]. Cfr. [151.257.431].

²⁰ Cfr. [70.142.163.165.169.175.267.338].

que llevará a cabo tan admirable resurrección, y en que el polvo que ahora vemos se transformará en un cuerpo precioso, para gloria de cada uno de nosotros. Se pueden dar gracias a Dios, al ver lo que queda de estos cuerpo, porque Dios ha hecho muchos beneficios por medio de tales instrumentos que ahora son nada y están en sus sepulturas. Con estos y parecidos pensamientos, los cristianos son invitados no sólo a recordar las almas de los difuntos para dar gracias a Dios si ya están en el cielo, o para pedir la remisión de sus penas si están en el purgatorio, sino para que crezca y se dilate en ellos la fe en la resurrección de la carne” [55].

4.4.2. Devociones populares y oración litúrgica

Fabro conserva, alimenta y promueve la devoción a las prácticas de piedad “populares”: letanías [213.225.405], procesiones [322], culto a reliquias²¹ e imágenes²². Valora los templos como lugar de oración²³ y el ornato de ellos (“... hallé gran devoción al oír las vísperas y contemplar el ornato del templo” [204]), no menos que los ritos y las celebraciones litúrgicas dignamente preparadas:

“Las ceremonias, la iluminación, el órgano, el canto, la veneración de las reliquias, los ornamentos, todo esto me daba tal devoción que yo no sabría explicar. Llevado de estos sentimientos daba gracias por quien había colocado los candelabros, y había encendido las velas, y las había puesto en orden, y por quienes habían contribuido a pagar los gastos. Bendecía también a Dios por el órgano y el organista, por los fundadores, por todos los ornamentos que yo veía preparados para el culto divino, por los cantores y las canciones de los niños. De igual modo daba gracias por los relicarios, por los que habían encontrado las reliquias y las prepararon para ser veneradas. En una palabra, aquella moción me llevaba a tener en más la más pequeña de aquellas obras hechas con una fe católica y simple que los mil grados de aquella fe ociosa que tanto estiman quienes minusvaloran a la Iglesia jerárquica. Deseaba igualmente la bendición y misericordia de Dios nuestro Señor para todas y cada una de las personas que ponen algo de lo suyo para este culto exterior de Dios y de sus santos, bien sea su trabajo o su dinero o la dirección o de cualquiera otra manera” [87]²⁴.

²¹ “En la fiesta de los santos Cosme y Damián sentía un grandísimo deseo interior de la veneración que habría que tener al Santísimo Sacramento, a los santos que están en el cielo y del culto que se debería tributar a las imágenes y reliquias de los santos” [114; cfr. 60.87.347.430].

²² “Al volverme hacia la imagen del crucifijo para orar a Cristo, sentí una viva ilustración que nunca antes había sentido, sobre la utilidad de las imágenes que son representaciones de personas que por ellas se nos hacen presentes. Por eso pedí con gran devoción a Dios Padre que se dignase aplicarme a mí la gracia de la presencia de Cristo y hacerlo presente en mi alma, según la virtud representativa que tienen las imágenes de los santos, para los piadosamente creyentes y fieles católicos. Esto se me confirmaba al volverme hacia la imagen de la Virgen, y al verla, deseaba que la bienaventurada Virgen estuviera muy presente en mi alma” [350; cfr. 114.120.208.215.352].

²³ “En la misma iglesia donde me encontraba, deseé con gran devoción que se me concediera un don de oración mayor, porque es, precisamente en el templo donde Dios, según su promesa, escucha mejor la oración de sus fieles. Brevemente, sentí entonces que es grande la eficacia de todas estas cosas no sólo por la devoción que me inspiraba la fe, sino también, y principalmente, por los planes de Dios, por sus palabras y por el sentido de la Santa Madre Iglesia” [351].

²⁴ “... tuve algunos sentimientos sobre la verdadera conveniencia y necesidad del culto externo debido a Cristo y a sus santos. De aquí nació en mí un gran dolor de que, en estos tiempos, se desprecien

Pero al mismo tiempo, como se ha señalado ya, Fabro reza cotidianamente la Liturgia de las Horas²⁵, se ejercita también cotidianamente en la contemplación de los misterios de Cristo o de María, meditando los textos de la Escritura y rezando especialmente con la conmemoración litúrgica del día²⁶. Pero sobre todo se centra espiritualmente en la devoción durante la celebración de la Misa, ya sea por la intención que aplica, ya sea por las mociones interiores que se suscitaban en su interior antes, durante o después de la celebración: “Que el cuidado primero de mi alma sea buscar a Dios nuestro Señor, por medio de los principales y habituales ejercicios que nos ayudan a buscar y hallar a Dios, como son la oración y contemplación, y sobre todo, la misa” [63]²⁷. Y de no menor relevancia es para Fabro la adoración del Santísimo Sacramento²⁸.

4.4.3. La abnegación

Conjuntamente con la oración aparece en Fabro la necesidad de no dejarse llevar por las afecciones desordenadas. Para ello hay que tener una actitud constante de abnegación para vencerse a sí mismo con el fin de cumplir las buenas obras que brotan de los buenos deseos: “Tienes que esforzarte, por consiguiente, por vencerte a ti mismo, mortificarte, integrarte y disponerte para recibir todo bien por las buenas obras. Experimentarás entonces que esa es una excelente preparación para la oración mental” [126]. Poco más de un año después vuelve sobre el tema: “El mismo día [7 u 8/7/1543] sentí claramente y reconocí que los que quieren dilatarse en Dios, elevarse, extenderse, ser consolados, ser enriquecidos, deben primero ejercitarse bien y ser probados en lo que realmente son; en su carne y en su espíritu, refrenarse, humillarse, angustiarse, llorar, empequeñecerse, etc. Por la mortificación de la propia carne y abnegación del propio espíritu podrán llegar a la posesión de Dios. Hay que entrar por la puerta estrecha” [355]²⁹. Y como afirma a continuación en el mismo día, y se verá más adelante, esa es la puerta que lleva al corazón.

tanto las ceremonias externas y los ritos de la santa Iglesia que son tan necesarios para mantener a los hombres en humildad, en concordia, en caridad y finalmente en toda santidad de la religión” [266].

²⁵ Cfr. [20.37.82.172.181.186.400].

²⁶ Frecuentemente en el *Memorial* se encuentra al inicio de cada entrada la fiesta litúrgica del día, que en muchísimas ocasiones le sirve a Fabro para orientar la oración de ese día.

²⁷ Cfr. [72.74.92.96.117.123.142.164.273.333.348.379].

²⁸ “Puesto de rodillas humildemente ante el Santísimo Sacramento expuesto, sentí gran devoción al considerar que allí está realmente el cuerpo de Cristo y que, por consiguiente, estaba también toda la Trinidad de modo maravilloso, distinto del que está en otras cosas y en otros lugares. Porque otras cosas como las imágenes, el agua bendita, los templos, nos proporcionan una presencia espiritual de Cristo, y los santos y poderes espirituales. Pero este sacramento hace que bajo aquellas especies, esté realmente Cristo y todo el poder de Dios. Sean bendito el nombre del Señor” [352; cfr. 93.104.111.114.136.142.352].

²⁹ “En lo que a las obras se refiere, son tres las maneras de ejercitarnos en ellas [...]. Con relación a uno mismo son las obras de penitencia, que consisten en la propia mortificación y abnegación, castigo o pena, como los ayunos, peregrinaciones, vigiliias, el prescindir de algunas comodidades temporales, o de riquezas; en una palabra todo aquello que causa fatiga al cuerpo y ayuda a la voluntad a sobreponerse a sus egoísmos” [129].

Para Fabro la abnegación es sinónimo de dominio de sí mismo: “Dios quiere, sobre todo, que seamos dueños de nuestra alma, pero solamente lo seremos a base de paciencia...” [335]. De este modo Dios lleva a los dones mayores y perfectos desde los dones menores, para que se aprenda a usar los medios que llevan a los fines [cfr *Ibidem*].

4.4.4. *La oración y las buenas obras: acción y contemplación*

La oración y la abnegación están finalizadas a la realización de las buenas obras, que son precisamente las que Dios quiere que se cumplan. Fabro desarrolla ampliamente su concepción de las consecuencias éticas de la oración el día de san Francisco de Asís (4/10/1542): “Que tu vida tenga algo de Marta y María, que se apoye en la oración y en las buenas obras, que sea activa y contemplativa. Que busques lo uno para lo otro y no por sí mismo, como muchas veces sucede. Has de buscar la oración como medio para obrar bien. Si estas dos cosas están ordenadas la una a la otra será mucho mejor. Y hablando de manera general es preferible que tus oraciones vayan encaminadas a obtener los tesoros de las buenas obras. Y no al contrario” [126]. Y más adelante reafirma: “Así que ordinariamente nuestras oraciones han de ir orientadas a este fin, a las buenas obras. Y no al contrario, las obras encaminadas a la oración” [128]³⁰.

Quienes llevan una vida activa necesitan gracias y cualidades especiales debido a las muchas solicitudes que reciben de los pobres, enfermos, pecadores, perseguidos. Deben saber tratar con superiores e inferiores y deben pedir lo necesario para cada ocasión. Han de ser pacientes, humildes, caritativos, fuertes, píos, liberales, diligentes, de lo contrario se siguen dos inconvenientes: el apóstol se ve a sí mismo con defectos y, como consecuencia, ayuda mal, o poco, a los prójimos (cfr. [127]). Por esta razón no basta ejecutar obras buenas sino realizarlas en el Espíritu del Señor, del mismo modo que para orar bien no basta simplemente meditar o contemplar sino hacerlo con el mismo Espíritu.

Para Fabro existen tres maneras de ejercitarnos en las buenas obras, pero en realidad son tres aspectos de una misma unidad: “En la primera de estas tres maneras de obrar, tratas de ponerte enfrente de ti para vencerte a ti mismo; en la segunda procuras ser un hombre útil para los demás; en la tercera muestras tu devoción a Dios y a las cosas sagradas y santas. También se podría decir que la primera se refiere a las obras de penitencia; la segunda a las obras de caridad; la tercera a las obras de piedad. Y sin embargo las tres pueden llamarse obras de penitencia, de caridad, de piedad” [129].

4.4.5. *Relación con los intercesores: con María, los ángeles y santos*

En su oración la Virgen María tiene un rol de primera importancia³¹. Es intercesora,

³⁰ “Hay que trabajar para que no sólo por medios espirituales, como son la contemplación, la oración mental o afectiva busquemos al Señor para hacerlas cada vez mejor, sino buscar con todas las fuerzas que en las mismas obras externas, y oraciones vocales o en otras conversaciones particulares o en las que se hacen en presencia del pueblo se busque lo mismo” [128].

³¹ Cfr. [48.97-98.350.378].

maestra y modelo: “A ella le es fácil impetrar de Dios todas estas gracias. Deseaba también que ella me enseñase la verdadera manera de ser hijo, siervo y discípulo, siguiendo su ejemplo. Y puesto que ella sabe cómo Jesucristo fue su hijo siervo y discípulo, ella conoce también cómo fue humilde como corresponde al hijo, al siervo y al discípulo” [40]. Para Fabro no cabe duda: “Después de Cristo no hay nada más provechoso que la meditación de la vida y los hechos de la bienaventurada Virgen María. En ninguna parte encontrarás un ejemplo tan eficaz de compadecer con Cristo, ni de seguirlo, ni de servirle” [110].

María es para Pedro como la fuente de donde puede implorar la virtud cristiana. El día de la Asunción (15/8/1542) “...meditaba en la perfección que siempre tuvo ella en su propia naturaleza y en la continua y actual moción del Espíritu Santo que le asistió siempre, aunque no sería siempre de la misma manera. [...] Yo le suplicaba que me alcanzase la gracia de sentirme robustecido, rehecho y reforzado con la gracia de Dios...” [89]. Y al día siguiente: “Pedí a nuestra Señora, con mucha devoción, fe y esperanza, que me alcanzase: primero, la santidad y pureza que son fruto de la castidad, de la sobriedad y de la limpieza de cuerpo, alma y espíritu; segundo, gobernarme y ordenar mi vida para el servicio de Cristo su Hijo; tercero, la paz en este mundo con la práctica de las virtudes, y la paz también en el otro” [91]. Y continúa: “Porque es Señora, Reina, Madre y Abogada. Procura y obtiene la renovación de quienes no han alcanzado todavía la perfección esencial y accidental. Alcanza a los mortales, cada día, nuevos dones de gracias, de paz, y por fin de gloria, y a los bienaventurados nuevos dones de gracia accidental” [*Ibidem*]. Fabro está convencido: “Ella me alcanzará con sus oraciones la gracia para que el verdadero fundamento de mi ser se reforme interiormente y se adecente en lo exterior. *Fiat, fiat*” [192].

En su oración Fabro se vuelve también incesantemente hacia los ángeles³². Al entrar en España, afirma Pedro, “tuve gran devoción y sentimientos espirituales para invocar a los principados, arcángeles, ángeles custodios y santos de España” [28]. Se convierte en un hábito: “Así suelo hacer cada vez que quiero orar de manera especial por algún lugar o reino. Invoco a los santos y ángeles que tienen o tuvieron especial cuidado de las almas vivas o difuntas de tales lugares” [*Ibidem*]. Se encomienda también, y mucho, a su ángel custodio: “Mucha ayuda encontré en mi ángel custodio, del que fui siempre especialmente devoto. Le pedía que me defendiese del mal espíritu, sobre todo del espíritu de fornicación” [35]. La presencia de los ángeles es señal de la presencia del Espíritu: “Porque sólo se hacen bien las cosas cuando se pone en ellas todo el hombre, con todas las potencias necesarias. Cuando se pone todo el hombre, pienso que entonces no ha de faltar la presencia del buen ángel. Y si el buen ángel está presente, el Espíritu Santo no está muy lejos para perfeccionar lo que tenemos que hacer” [249]. Pero para Fabro no son sólo intermediarios:

“Me gustaría estar siempre delante del Santísimo Sacramento en todos los sagrarios donde está reservado en Alemania. Lo mismo delante de cualquier imagen de Cristo o de la Virgen

³² Cfr. [12.21.28.34.116-118.123.175.181.200.249.253.260.283.309].

Madre de Dios. Y como es imposible que este deseo pueda llevarse a cabo, pedía al Señor que por medio de nuestros ángeles custodios, quisiera suplir mis defectos en este culto y los defectos de otros, para que lo que debían hacer las personas, lo hagan sus ángeles custodios” [114].

Fabro es también un gran devoto de los santos³³. En la memoria de santo Domingo, el 7 de agosto de 1542, tiene Fabro un gran deseo de pedir por su intercesión “la gracia de sentir y entender lo mismo que él, cuando contemplaba durante su vida. Le suplicaba que intercediese por mí ante Cristo anunciado, Cristo visitador y Cristo nacido etc.” [68]. Tres días más tarde, en el recuerdo de san Lorenzo, escribe: “Sentí también, mucho más de lo que yo pudiera decir, una gran fe en que nuestro Señor nunca va a dejar de ayudarme a mí y a toda la Compañía por mediación de sus santos. Y se me ocurrían ejemplos. Como si alguien dijese: “Mucho más puede una sola persona para mejorar el mundo con la sola ayuda de san Lorenzo que con el favor del Emperador”” [74]. Y al día siguiente: “Me vino entonces el deseo de pedir al mismo san Tiburcio que él con sus oraciones me alcanzase la gracia perfecta; es decir, aquella que, si me es concedida, ya nunca querré buscar mi propio gusto, ni gloriarme en mí mismo, ni agrandar a otro sino solamente a Dios. Conviene que nos pongamos en su presencia de tal manera que a sólo Él queramos agrandar y a sus santos que están en la gloria” [75].

En el día de la fiesta en que se conmemoraba el encuentro del cuerpo de san Esteban (3/8/1542), escribe: “comencé a pedir a Cristo nuestro Señor, con intensos deseos, que me conceda ver con mis propios ojos los cuerpos gloriosos de aquellos santos cuyas reliquias he visto, y, en general los de todos los bienaventurados” [60]. Es tal su confianza en los santos que afirma: “A mí me basta que tan gran Dios y Señor se me comunique por medio de sus santos y en ellos para mi provecho y salvación de los prójimos a los que con tanto mayor afecto amo, cuanto soy más descuidado en las obras” [160]. Un mes más tarde tiene una nueva luz: “Por primera vez comprendí que es bueno, en la fiesta de un santo cualquiera, hacer alguna contemplación sobre este santo. Dicha contemplación tendría los tres preámbulos acostumbrados y cinco puntos” [182]. Pide por la salvación de los que apedrearon a santa Emerenciana [235] y recuerda que de niño se encomendó a santa Apolonia y desde entonces no ha tenido nunca dolores de dientes gracias a su intercesión [244].

4.4.6. *Práctica del discernimiento*

Fabro aprende a obedecer al Espíritu ejercitándose continuamente en la mirada interior que discierne las mociones que se suscitan en su corazón. Un Espíritu que se manifiesta también en la objetividad de la obediencia a una institución que lo manda de una parte a otra de Europa. Precisamente en esa conformación interior y andariega Pedro encuentra la vía que conduce a la libertad.

Fabro confiesa que ha sido casi durante todo un año (escribe el 15 de agosto de 1542, fiesta de la Asunción de María) que se encuentra sin devoción de esa

³³ Cfr. [21.28.35.87.101.110.114.116.118-119.125.143.150.160.167.175.200.232.246-247.263.347].

“que procede de la moción interna del espíritu que suele cambiar nuestro propio ser en otro mejor, de manera que lo notamos bien cuando está presente en nosotros. Es una gracia grande de Dios nuestro Señor que el hombre se encuentre muchas veces como quien vive en sí mismo con la gracia suficiente para que conozca mejor y sepa distinguir el propio espíritu y el espíritu que le viene de fuera, sea bueno o malo. Y es de gran importancia para discernir el bueno del mal espíritu el poder conocer, entender y experimentar los altos y bajos de nuestro ser; y también el aumento o pérdida que sentimos en nosotros y que podemos experimentar de tres maneras: la primera cuando, en cierto sentido, yo puedo decir, para entenderlo bien, no excluyendo la gracia de Dios: “vivo yo y soy yo el que vive”; la segunda: “vivo yo, pero ya no vivo yo sino que es Cristo quien vive en mí”; la tercera: “vivo yo, pero no vivo yo, en mí vive el pecado o el mal espíritu que reina en los malos” [88]³⁴.

Para Fabro el recuerdo de sus faltas, pecados y negligencias es fuente constante de tristeza, así como no sentir la consolación en la oración³⁵, aunque trata de reaccionar y buscar buenas razones para interpretar lo que le ocurre³⁶. Se siente también afectado por las mociones de su hombre viejo que no deja de morderlo³⁷ y por la constatación, según su parecer, que no realizaba todo el bien que podría para beneficio del prójimo. Estas tristezas constituían su “cruz”: “El lunes de Pascua, después del rezo de maitines, volvía a caer en mi acostumbrada cruz. Me dejaba invadir de la tristeza por tres causas: La primera, porque no siento, como a mí me gustaría, las muestras del divino amor hacia mí. La segunda, porque experimento en mí las señales del viejo Adán más de lo que yo desearía. La tercera, por mi incapacidad de hacer, en los prójimos, el fruto que yo quisiera. A estas tres cosas pueden reducirse mis aflicciones de espíritu. Por eso creo que constituyen mi cruz” [277]³⁸.

³⁴ Cfr. [48.64-65.69.98.107-108.162.184.280-281.294.296.316.346].

³⁵ “El mismo día, al querer rezar el oficio de completas me ví muy triste y lleno de amargura porque, desde la tarde anterior y durante todo el día, estuve turbado y agitado dando vueltas a mis antiguas limitaciones y debilidades, cuando me hubiera gustado sentir solamente las mociones del buen espíritu. Tuve además distracciones en el oficio. [...] Lo cierto es que, hace casi un año, me encuentro sin devoción en las fiestas principales, sin paz y sin lágrimas etc” [101], cfr. [65.258.325.353].

³⁶ Cfr. [48.50.64-65.69].

³⁷ “Luego me entró una tristeza y me dio gran pena, hasta derramar lágrimas, porque mi carne daba todavía lugar a tales agitaciones. Aún podía entrar en ella aquel espíritu del que es propio mover nuestro espíritu hacia atrás y nuestra carne hacia abajo” [294]. “Parecía que habían vuelto a renacer los desórdenes de mis acciones, la pereza y la falta de lucidez espiritual. Y mis malos sentimientos, que creía casi muertos, habían renacido con nuevas fuerzas esta cuaresma. Ciertamente tenía razón para dolerme por todo esto, y para estar triste y afligido por esta marejada que atormentaba mi espíritu, mi alma y mi cuerpo” [268-269].

³⁸ El mes anterior había escrito: “Y esta cruz mía casi siempre tiene tres partes: una que brota desde lo profundo de mi ser cuando pienso en mi inconstancia para la santidad; otra que nace de lo que veo a mi alrededor, a derecha e izquierda, al ver mis defectos en las obras de caridad con el prójimo; la tercera que procede de la parte superior y tiene su origen en el conocimiento de mi falta de devoción y en el alejamiento de las cosas que inmediatamente miran a Dios y a sus santos. La consideración de estos tres males míos, ya hace tiempo que ha puesto sobre mis hombros una cruz de tres brazos, muy pesada. Ojalá pueda yo cargar con otra cruz que sea más grata a Dios, la de grandes y continuos trabajos por amor y para alabanza de Dios, para mi propia santificación y salvación de mis prójimos. De esta manera, con

Fabro se muestra maestro en el discernimiento de los diversos espíritus en la entrada que corresponde al 26 de octubre de 1542. Da allí criterios seguros por los cuales se puede reconocer el buen espíritu del malo, especialmente para distinguir las mociones que alimentan los deseos, porque muchas veces detrás de los aparentemente más santos se puede esconder el engaño (cfr. [155-158]). Reflexiona cómo proceder en la variedad de espíritus (cfr. [254]), en la elección del estado de vida y en el acompañamiento espiritual (cfr. [301-302.304]). Siente vivamente la tensión que produce el desorden afectivo y pide a Dios “ordenarse”³⁹, para lo cual el camino de la cruz es siempre efectivo, porque en ella se encuentra el favor de Dios que crece en la medida en que no se busca el favor de los hombres (cfr. [209-211]).

El discernimiento debe llevar al recogimiento interior para centrarse en Dios⁴⁰. Allí maduran las decisiones que elevan el alma hacia Dios. Efectivamente, reflexiona Fabro, no pocas veces se pretende nutrir el alma con los alimentos del cuerpo, pero así ella no puede encontrar su alimento apropiado:

“Mejor sería traer el cuerpo a los sentimientos propios del alimento espiritual del alma de manera que cuando contemplásemos alguna obra de Dios u oyésemos sus palabras, o hiciéramos algo con nuestras manos, entrase de tal manera el espíritu en todo esto que arrastrase a toda el alma sensitiva a contemplarlas. Esto es, ciertamente, salir de uno mismo hacia buenos pastos; lo que no podrá realizarse mientras no arrastremos todas las cosas hacia nuestro interior. Es decir, mientras no estemos totalmente recogidos interiormente y dispuestos a estar ahí permanentemente. Lo que se consigue cuando nos esforzamos por liberarnos de las imperfecciones sensuales. Así que es necesario rogar a Dios que nos eleve hacia las cosas altas y a contemplar las espirituales de tal manera que, todas las demás cosas se nos hagan espirituales, y las comprendamos de manera espiritual; y esto vale mucho más que si se nos diera la gracia del Espíritu Santo para que las cosas inferiores las experimentásemos santamente y en, cierta manera, sensiblemente” [107-108].

4.4.7. *Los deseos del corazón*

Es claro en Fabro un proceso de transformación que lo lleva progresivamente a una mayor y cada vez más atenta mirada interior para discernir los deseos que surgen en su corazón y de este modo tomar conciencia de lo que le sucede. Con esta consciencia secreta (“mística”) de la acción de la gracia puede discernir la verdadera devoción de la falsa y puede ponerse en las mejores condiciones posibles para tomar una buena decisión.

relación a Dios, siempre subiendo; respecto a mí, bajando siempre; y con relación a los prójimos dilatándome cada día, a derecha e izquierda y alargando mis manos para el trabajo. Pero, al no llevar esta cruz con diligencia, tengo que padecer la otra y sentirla en mi espíritu” [241].

³⁹ Cfr. [72.153.192.194.333].

⁴⁰ “...entendí mejor que nunca, por algunas evidentes reflexiones, la importancia que tiene para el discernimiento de espíritus, ver si prestamos más atención a los pensamientos o locuciones interiores que al mismo espíritu que suele manifestarse en deseos y afectos, en la fortaleza de ánimo o en la debilidad, en la intranquilidad o inquietud, en la alegría o tristeza y semejantes afectos espirituales. Por estas cosas se puede juzgar más fácilmente del alma y de lo que hay en ella, que por los mismos pensamientos” [300].

A lo largo y ancho del *Memorial* los “deseos” aparecen como el secreto motor de la vida interior de Pedro y residen en el “corazón”. Toda su preocupación radica en discernirlos finamente. Para ello hay que tener mortificado la carne y abnegado el espíritu, esa es la puerta estrecha por la que hay que entrar, porque “es el camino que conduce al corazón. Los que vuelven a él entran en la verdad y la vida. El corazón es lo primero que es animado en el hombre y lo último que es abandonado. Conviene que, poco a poco, volvamos al corazón con toda nuestra alma sensitiva y racional, para que, recogidos y unidos en él, podamos pasar a la vida indivisible y espiritual que está escondida en Dios con Cristo” [355]. Por esta razón hay que aspirar con todo el corazón

“a subir y crecer en el proceso interior, no por miedo a bajar, retroceder o caer sino por amor a la santidad. Y no sólo porque estos pensamientos te ayudan para verte libre de otros pensamientos malos. Desea y aspira a sentir las cosas espirituales, no porque son un remedio contra las malas y vanas afecciones, sino por lo que tienen en sí. De esa manera podrás llegar al amor de Dios, sólo por el mismo Dios. Deja, por consiguiente, todo lo que es vano e inútil, y aun los mismos pecados en cuanto pudieran ser un impedimento para acercarte a Dios y vivir en su presencia y encontrar en Él la paz y la comunicación” [54].

El deseo de Jesucristo se ha convertido en el centro de la devoción de Pedro⁴¹. Le ha pedido a Jesucristo “que tuviese a bien entrar en mí hasta lo más profundo y medular de mi espíritu, para reparar mis secretos defectos del entendimiento, memoria y voluntad y de los sentidos, dándome las virtudes y dones ocultos sobre los que nunca he pensado aunque los necesite más que aquellos que me faltan.[...] Había tenido antes otro deseo: que el Señor se dignase dirigir en todo, según su voluntad, aquellas palabras que he sentido que en mí, y en otros, han sido dictadas por un buen y sano espíritu”. Hablar, escribir y obrar con espíritu de discernimiento. Más adelante afirmará: “Veía en esto cómo Jesucristo comenzaba a concederme la gracia de ordenar mi espíritu de tal manera que los primeros deseos de mi corazón sean para Él. Él es lo primero y principal” [63]⁴².

Concentrarse en buscar sólo a Dios, haciendo siempre con atención aquello que se hace, en el momento en que se hace. Así se descansa sólo en Dios y se lo ama sobre todas las cosas con “espíritu principal”: “Porque entonces se conoce mucho más la intención de nuestro amor y de cualquier otro piadoso afecto hacia Dios, cuando soplan sobre nuestro corazón vientos de distintos deseos e intenciones” [146], cfr. [241]. Para mantener vigilante ese “espíritu principal” los deseos del corazón y sus tendencias “han de seguir siempre el camino que conduce a la cruz. Porque Cristo crucificado es el verdadero camino hacia la glorificación del alma y del cuerpo. Y no sólo es camino, sino

⁴¹ Muestra de esto es la devoción de Pedro a la misa y al Santísimo Sacramento, cfr. *supra* notas 27 y 28.

⁴² “Después de la comunión tuve un gran deseo, como lo había sentido el día anterior a la misma hora, de que Cristo, al que acababa de recibir, me metiera con Él dentro de mí mismo para vivir con Él y colaborar a mi propia reedificación y renovación de mí mismo. Le pedía también que Él, en quien hay infinitos modos de ser, por lo menos accidentales, se dignase renovar en mí mi propio ser, mi vivir y mi obrar; para que yo me reoriente con relación a Él y a todo lo demás; y que tenga yo una nueva manera de vivir y de obrar, de tal manera que Él me vaya mejorando cada día, pues sólo Él tiene una existencia, una vida y una acción por su misma naturaleza inmutables” [124]; cfr. [255].

también verdad y vida. Cuando te afanes por llegar a ser un hombre espiritual y buscar la verdadera consolación y progreso, has de procurar renunciar a la gracia y favor de los hombres. Tiende a lo interior, a lo que es propio de la cruz” [211]. De Cristo crucificado cuelga nuestra salvación⁴³.

4.4.8. Amar

Para Fabro el amor verdadero depende de esta actitud cristológica. De ese amor depende también el ordenamiento interior: “Cuando el amor de la verdadera caridad se apodere de toda nuestra libertad y espíritu, siempre y en todas partes, entonces todas las otras cosas adquirirán el orden de la tranquilidad y la paz, sin perturbaciones del entendimiento, memoria y voluntad. Pero esto se realizará en la patria de los bienaventurados hacia la que vamos subiendo todos los días” [72]. Sin embargo, en una visión escatológica de la vida cristiana, ese ordenamiento es ya posible durante la existencia terrena.

En la vida de Fabro un momento importante en este ordenamiento es la transición del deseo de ser amado al de amar⁴⁴. Se trata de una gracia especial que recibe durante la octava de Navidad de 1542.

“En estos días de Navidad, creo haber conseguido algo bueno, relacionado con mi nacimiento espiritual: el desear buscar con especial cuidado señales de mi amor a Dios, a Cristo y sus cosas, de manera que llegue después a pensar y desear, a hablar y hacer mejor lo que Dios quiere. Hasta ahora andaba yo muy deseoso de procurar aquellos sentimientos que me daban a entender lo que significa ser amado por Dios y por sus santos. Buscaba, sobre todo, comprender cómo me veían a mí. Esto no es malo. Es lo primero que se les ocurre a los que caminan hacia Dios, mejor dicho, a los que buscan ganarse al Señor. [...]

Al principio de nuestra conversión, sin que esto sea proceder mal, procuramos, sobre todo, agradar a Dios, preparándole en nosotros morada corporal y espiritual, en nuestro cuerpo y en nuestra espíritu. Pero hay un tiempo determinado – que la unción del Espíritu Santo muestra al que camina rectamente, en el que se nos da y se nos exige que no queramos ni busquemos principalmente el ser amados de Dios, sino nuestro primer empeño ha de ser amarlo a Él. Es decir, que no andemos averiguando, cómo procede con nosotros sino cómo actúa Él en sí mismo y en todas las otras cosas y qué es lo que en realidad le contenta o le desagrada en sus criaturas.

⁴³ Cfr. [211]. Dirá a continuación: “Hay que buscar primero el poder de Cristo crucificado, y después el poder de Cristo glorioso. Y no al contrario. Su poder consistió en que Cristo quiso morir voluntariamente y sufrir todo lo que quisieron hacerle sufrir sus enemigos. Por su poder fue destruida nuestra muerte que se afianzaba, y todavía se afianza, y de alguna manera se sostiene, por los miedos que tenemos de padecer y morir” [212]. Jesucristo se encarnó y ofreció voluntariamente a la muerte por nosotros. “Lo que quiere decir que nosotros deberíamos armarnos de los mismos pensamientos y voluntad para ofrecernos por Él a los padecimientos y a la muerte para destruir el cuerpo del pecado para que al fin hallemos el cuerpo de la gracia y de la gloria de Dios en Jesucristo Jesús nuestro Señor, en quien nuestro espíritu ha de encontrar su propio ser, su vida y movimiento” [*Ibidem*].

⁴⁴ Cfr. [180.198].

La primera actitud consistía en traer a Dios hacia nosotros, la segunda consiste en ir nosotros mismos hacia Dios. En el primer caso buscamos que Dios se acuerde y esté pendiente de nosotros; en el segundo tratamos de acordarnos nosotros de Él y poner empeño en lo que a Él le agrada. Lo primero es el camino para que se perfeccione en nosotros el verdadero temor y reverencia filial. Lo segundo nos conduce a la perfección de la caridad.

Que el Señor nos conceda, a mí y a todos, los dos pies con los que hemos de esforzarnos para caminar por el camino de Dios: el verdadero temor y el verdadero amor. Hasta ahora tengo la impresión de que el temor ha sido el pie derecho y el amor el izquierdo. Ahora ya deseo que el amor sea el pie derecho y el temor el izquierdo y menos importante. Y ojalá que sienta que mi nacimiento es para esto, para que crezca hasta llegar a ser un varón perfecto” [202-203].

4.4.9. *La experiencia cristiana de Dios*

Para Fabro Cristo desea de nosotros dos cosas: “que progresems en elevar nuestro espíritu al cielo y que entremos y penetremos en nosotros hasta encontrar a Dios en nuestro interior. Porque no hay que buscar el reino de Dios en ninguna parte sino dentro de nosotros y en el cielo. Cristo fue elevado sobre la cruz y por fin subió al cielo para atraernos a todos hacia Él. En el Sacramento se dio a nosotros como comida para que pudiéramos atraerlo hacia nosotros...” [105]. El movimiento de elevación hacia Dios es a la vez un movimiento de interiorización: Cristo fue elevado al cielo para atraernos y en el Sacramento se nos dejó como comida para atraerlo a nosotros.

En este doble movimiento “cristiano” de elevación e interiorización se consuma la experiencia cristiana del Dios trinitario:

El día de la Ascensión (3/5/1543) “se me concedió comprender bien lo que es buscar a Dios y a Cristo fuera y por encima de todas las criaturas, y querer conocerlo a Él en sí mismo. También se me dio a entender algunas diferencias y sentir las espiritualmente entre el ver a la criatura sin Dios, la criatura en el mismo Dios, y a Dios en la misma criatura, o a Dios abstracción hecha de la criatura. La verdadera subida de la mente y del espíritu consiste en que por el conocimiento de las criaturas y los afectos que ellas provocan subamos al conocimiento y amor del Creador, sin apoyarnos de ninguna manera en las mismas criaturas.

En segundo lugar se ha de llegar al Creador en cuanto existe, vive y obra en las criaturas. Pero tampoco hay que quedarse ahí, sino que hay que buscar a Dios en sí mismo, separado y por encima de todas las criaturas, fuera y abajo aunque no excluido de ninguna criatura. Después vendrá el conocer en el mismo grado las criaturas, mucho más perfectamente que si se conocieran en ellas mismas, y aun más perfectamente de lo que son en sí mismas.

Ojalá llegue el momento en que no vea yo ni ame a ninguna criatura prescindiendo de Dios, sino que, más bien, vea a Dios en todas las cosas, o por lo menos le reverencie. De aquí podré subir al conocimiento del mismo Dios en sí mismo y, por fin, ver en Él todas las cosas para que Él mismo sea para mí todo en todas las cosas eternamente.

Para subir por estos grados hay que esforzarse en encontrar a Cristo que es camino, verdad y vida, en el centro de mi corazón, es decir dentro y debajo de mí, después encontrarle sobre mí por medio de mi pensamiento y fuera de mí por los sentidos. Para esto hay que pedir que

el Padre que se dice estar arriba, dé el poder; que el Hijo que en cierta manera puede decirse que está fuera por su humanidad, me dé la sabiduría; y que el Espíritu Santo que, hasta cierto punto, puede decirse que está abajo, dentro de nosotros, me dé la bondad.

Porque de otra manera, ni nuestro interior podrá abrirse para que el corazón limpio vea dentro a Dios; ni la parte superior de nosotros podrá elevarse para contemplar lo invisible de Dios, que está sobre todas las cosas; ni nuestros miembros podrán ser mortificados para sentir a Aquel que está fuera de todo y sobre todo” [305-307]⁴⁵.

Pedro acompaña el conocimiento de Dios con el conocimiento de su voluntad: “Él haga que yo no solamente llegue a conocer quién es en sí mismo, sino también lo que quiere de mí” [161]. Fabro distingue tres momentos del progreso espiritual que lleva a la perfección: “Y tres son las maneras de progresar según tres clases de virtudes: la primera se refiere al conocimiento de las cosas divinas y de las mociones que directamente conducen el espíritu hacia Dios; la segunda tiene relación con todo lo que directamente atañe a nuestra perfección; la tercera se relaciona con lo que toca al prójimo. [...] Y de todas estas cosas resulta nuestra perfección, aunque no debamos pretender en ellas nuestra propia perfección, sino desearla y ordenarla al mismo Dios y, por Dios, al provecho del prójimo” [295].

4.5. Portugal, España e Italia (de agosto de 1544 a agosto de 1546)

Fabro deja Alemania, para no volver más, en julio de 1544. Lleva consigo varias reliquias para obsequiar a los reyes de Portugal y España (algunos cráneos de las once mil vírgenes; cfr. [404.430]). Durante su estadía portuguesa (agosto 1544 - marzo 1545), según consta en el *Memorial*, se repiten muchos de los rasgos ya aparecidos. En modo especial su devoción al Sacramento: “...estando ya para decir misa, fui tocado de una gran deseo de poder ver y sentir en la misa que Jesús venía a mi corazón en el sacramento. Reconocía que ha venido a mí demasiadas veces, aunque yo no lo haya visto venir”

⁴⁵ Otros dos ejemplos de su experiencia mística. El día de Pascua de 1543 (el 25 de marzo), Fabro reporta: “Sentí una desacostumbrada consolación en la misa, que no fue acompañada de devoción sensible, bien sea porque frecuentemente la buscaba para mi propia satisfacción y para edificación del prójimo buscándome en ella, o por lo menos había algo de desorden en cuanto a la intensidad del deseo que en mí se levantaba” [273]. El 22/5/1543 afirma: “...sentí una gracia que nunca antes había experimentado tan intensamente, aunque, con frecuencia, había sentido el deseo de tenerla. Consistió en que mi mente, con más firmeza y estabilidad que de costumbre, se elevó hacia la vista de Dios que está en los cielos. [...] Pero ahora fue una elevación en lo más alto del alma que me hizo percibir la presencia de Dios como está en su templo del cielo. Y así comencé a desear y a hacer un decidido propósito de querer y buscar, en adelante, que se aumente esta gracia para rezar vocal y mentalmente. Me parecía, con todo, algo difícil poder dirigir mi mente hacia el mismo Dios. Pero tenía gran esperanza de que la gracia había de confortar mi alma” [319]. “Procuraba dar mayor entrada en mí al Espíritu Santo, según me iba acercando al final del oficio. Entrada, digo, que es como ser atraído hacia adentro que hace Dios cuando se lo pedimos con insistencia. Entendemos entonces mejor las palabras santas y arraigan más en nosotros e imprimen su virtud fecunda. Porque cualquier palabra que sale de la boca de Dios, es verdadera semilla de Dios que engendra en nosotros, en cierto modo y en cuanto es posible, al mismo Dios” [135; cfr. 245]

[379]. Y también reaparece su devoción a las imágenes, especialmente del crucifijo que le ayuda a pasar de las cosas visibles a las eternas [403]⁴⁶.

De Portugal Pedro pasa a España en marzo de 1545 y permanecerá allí hasta junio del año siguiente. La última entrada del *Memorial* corresponde al 20 de enero de 1546. Estos son los últimos diez meses de los que deja huella por escrito.

Durante este período la tristeza le sigue mordiendo, pero reacciona, combate buscando las cosas de arriba⁴⁷. El día de la Anunciación de 1545 escribe, mostrando sus continuos deseos de renovación interior: “Deseaba que llegase el día en que yo pueda estar seguro de mi salvación eterna” [414]. Y prosigue: “Que sea éste, Dios mío, el comienzo de la conversión de mis deseos y afectos en obras y en hechos. [...] Que nuestras aspiraciones se conviertan en obras y hechos o frutos de bendición. Que Dios nos conceda un nuevo modo de aprovechar en cada una de nuestras palabras y acciones, en las que nos ocupamos y ejercitamos. Ahora comenzamos” [415]. Desea verse y valorarse en relación al precio de la redención para identificarse con el Señor: “Quiera Dios que, de ahora en adelante, estime como ganancia el morir diariamente para que Cristo sea mi vida, mi salvación, mi paz y mi gozo” [425].

Ora por la Compañía [410.428.441], desea emplearse en aquellas actividades y trabajos “que en sí aparecen pequeños y sin importancia” como son la catequesis de los niños y jóvenes [421-422], se da cuenta de los efectos de una caridad no gratuita [427]. Reaparece su preocupación por la calidad de vida de los ministros ordenados: “Pensaba en las necesidades de los pecadores. Se convertirían más fácilmente si los ministros de la

⁴⁶ Predominan en este período temas que no afectan la sustancia de cuanto ya ha adquirido en su segundo período alemán. Hace consideraciones sobre los misterios de la vida de Cristo [374-378.380-384.385-387] y de los mártires [392]; se preocupa por la situación religiosa europea [390.395-396]. Aparecen algunas consideraciones nuevas sobre los confesores [373]; la paternidad y filiación espirituales [388-389]; la responsabilidad de enseñar y predicar [391]; la oración por las inclemencias del clima [393-394]; el pedido de intercesión por los pecados de la Compañía [397]; sobre el uso del tiempo [400] y sobre la situación de los que están en el mundo [401].

⁴⁷ “Otra vez sentí gran tristeza al pensar que no hago nada que merezca la pena y me tenía por el más desgraciado de todos mis compañeros. No es gran desgracia llegar a este convencimiento. Pero Dios, muy compasivo y misericordioso y su Espíritu Consolador suelen ayudarnos en tales miserias. Sepa quien esto padece que Dios es admirable y que suele poner algo de su parte en nuestras obras más pequeñas. Por eso si alguno se une a Él muy íntimamente recibirá muy abundantes bendiciones para sus trabajos, por haberlos hecho según su voluntad. No te admires de cuán grande es la obra que ves, sino cómo y con cuánta perfección la has hecho. Prefiere llenarte de gracia y hacer a lo grande cosas pequeñas, antes que no crecer en ti mismo y hacer malamente las cosas grandes. Duran más y edifican más las obras pequeñas acompañadas de abundancia de gracia que las obras más grandes sin tanta gracia” [423]. También: “En los primeros días de este mismo año sentí que se renovaban mis defectos. Comencé a conocerlos de una manera nueva para tratar de corregirlos también de manera nueva. Sentí especialmente que necesito un modo nuevo de recogimiento interior y que para esto debía procurar, en mi actividad exterior, estar más unido a Dios, si quiero encontrar y retener el espíritu que santifica, rectifica y unge. Ví, sobre todo, la necesidad que tengo de mayor silencio y soledad. Estos días, al experimentar algunas tentaciones, comprendí la necesidad que tengo de mucha gracia para combatir los sentimientos contra la pobreza, contra los vanos temores de indigencia y de penuria” [443]. Cfr. 432.436.438.

palabra de Dios y de los sacramentos estuvieran mejor formados; [...] Me acordaba de los enfermos que esperan que se les atienda mejor, y de los difuntos, cuyos deseos ahora no son tenidos en cuenta y sufren porque los ministros de la Iglesia, a quienes dejaron sus bienes, no cumplen bien con sus obligaciones. Deseé que éstos y otros muchos bienes se siguiesen del concilio” [431]. Reflexiona sobre el sentido de las correcciones y reprensiones [416-419], del amor, honra y respeto a los prójimos [411]⁴⁸.

El último día que escribe, sentencia: “Todas las tribulaciones espirituales de los hombres se reducen al miedo que tienen de llegar a la situación por la que pasó Cristo, su Madre, el buen ladrón o su discípulo Juan. Se turban, sobre todo, porque temen pasar por lo que Cristo pasó en la Cruz” [442].

4.6. Resumen conclusivo

Durante los diez años que duró su peregrinaje apostólico (1536-1546) Pedro se transforma interiormente. Aprende a discernir, recibe gracias siempre más elocuentes que manifiesta la progresiva hondura que va adquiriendo su amistad con Dios. Este período se podría resumir como el proceso mediante el cual aprende a obedecer interiormente a Dios. En él se cumple una progresiva armonización de su voluntad con la de Dios: con una subjetividad cada vez más madura místicamente, responde a las necesidades objetivas que se presentan en la Viña del Señor con disponibilidad y prontitud. Obedece así al Espíritu cuando obedece a Ignacio y a la autoridad eclesiástica, pero también cuando discierne y se hace próximo de cuantos acuden a él. Aprende a responder a las necesidades que se presentan en las iglesias particulares y, también en la iglesia universal, obedeciendo como un instrumento dócil y afable (gracia que ha pedido intensamente). Es la madurez del apóstol.

Hay una entrada del *Memorial* que corresponde al 24/2/1545, un año y medio antes de su muerte, que resume muy bien lo que ha sido la actitud de fondo de Fabro y que constituye una especie de autorretrato de su vida espiritual:

“Porque había nacido en mí un nuevo deseo de pedir gracia para hacer bien todo aquello de lo que yo y los demás hemos de dar especial cuenta. A saber: ordenar bien mis acciones de cada día, hacer bien mi examen de conciencia, rezar las horas canónicas, hacer bien una buena y consoladora confesión, celebrar la misa y comulgar, administrar los sacramentos, la recta proclamación de la palabra tanto en público como en privado, una santa conversación con hombres y mujeres. Estas son las siete clases de actividades para las que tendríamos que pedir la gracia de Dios y de los santos, con el fin de que podamos realizarlas perfectamente. Así resumí yo todas las gracias que suelo pedir en mis letanías. Por esta intención apliqué la misa del día siguiente a dicho miércoles” [405].

⁴⁸ Cfr. [433-435.440].

5. Conclusión

La experiencia mística de Fabro se articula entre el deseo y la consolación. Entre el deseo, como presencia subjetiva de la gracia de Dios que él tiene que aprender a discernir progresivamente para no ser engañado; y la consolación, como moción divina que lo visita del exterior, ante la cual aprenderá a ser ignacianamente indiferente para ordenarse rectamente en sus afectos, dado que: “La consolación se ha de poner en la raíz del árbol, no en los frutos” [280]. En ambos casos pone Pedro en juego su libertad que lo llevará a un progresivo proceso de interiorización para descubrir la voluntad de Dios y su propia voluntad, coincidiendo ambas en el amor a Jesucristo, al prójimo, a la Iglesia y a la Compañía. Discernimiento e indiferencia para ser libre. Pero también pobreza y castidad, oración, abnegación y buenas obras, para obedecer con el corazón por amor a Dios y estar así disponible para el servicio de los hermanos. La experiencia de estas realidades lo preparan y le posibilitan una experiencia cristiana de Dios, en la cual la Trinidad se hace presente no como el Dios que busca ser amado sino como el Dios que ama antes de ser amado. Y así Dios y Fabro se hacen amigos, compartiendo un mismo deseo, una misma voluntad, un mismo destino, una misma pascua. El itinerario de Fabro lo llevó a forjarse como amigo de Dios, cada vez de modo más consciente. En la amistad con Él se asentó finalmente para reposar en ella: “Pero hemos de buscar el espíritu principal para descansar en él; y agarrarnos a las palabras, a los conceptos, voluntad y deseos que, según la materia propuesta, nos acercan más a Dios, para que se vea si amamos y tememos a Dios solo, y sobre todas las cosas, y con espíritu principal” [146].

El primero de enero de 1543 se encuentra Pedro en Ascheffenburg, invitado por el Cardenal Alberto de Brandenburgo. Lo que él pide para el año nuevo que empieza es en realidad el pedido que resume lo que quiere que sea su vida nueva: “Tuve un gran deseo de que espiritualmente se dieran en mí este año las cuatro estaciones: un invierno espiritual para que las semillas divinas, puestas en la tierra de mi alma, se desarrollen y puedan echar raíces; segundo, una primavera espiritual, para que esta tierra mía pueda hacer germinar su fruto; tercero, un verano espiritual, para que los frutos maduren y produzcan una cosecha abundante; cuarto, un otoño espiritual para que puedan ser recogidos los frutos maduros y almacenados en los graneros divinos, y ser conservados para que no perezcan” [206].